

con mucha repeticion, fué sólo conocer las costumbres de los diversos países y estudiar la disciplina militar que en cada uno de ellos se practicaba, para determinar lo que en esta parte fuese más ventajoso á la profesion de las armas, que era entónces la principal de la nobleza. Tambien tuvo gran influjo en la voluntad del viajero el sentimiento religioso; por esto las cosas que más por menor se refieren en el texto son las visitas á los templos é imágenes famosas por sus milagros, pudiéndose asegurar que la venida de Rosmithal á España se debió muy principalmente al deseo de ir á Compostela para hacer la romería de Santiago, por entónces casi tan importante y devota para los cristianos de Europa, como la peregrinacion á Jerusalem, á donde pensó ir el noble bohemio, no habiéndolo podido realizar por los motivos que luégo diremos.

Algunos críticos modernos, entre ellos Augusto Scheler y el Sr. D. Pascual Gayángos (1), en la noticia que han dado de este viaje, sospechan que Rosmithal tuvo para emprenderle otros motivos ademas de los dichos, y que fueron esencialmente políticos y religiosos: fundóse para ello el Sr. Gayángos en que Jorge de Podiebrad, rey de Bohemia y cuñado de Rosmithal, subió al trono en 1458, cuando la herejía de Juan de Hus contaba mu-

(1) El Sr. Scheler, en una Revista que se publicaba en Bélgica, y el Sr. Gayángos en la *Española de ambos Mundos*, tomo 1, pág. 739 y siguientes.

chos secuaces en Alemania, y el Rey fué miéntras vivió celoso partidario é intrépido campeon de esta secta, por lo cual, llamado á Roma por Pío II, desoyó al Pontífice, que le excomulgó solemnemente en 1464, dando esto lugar á que desde entónces hasta su muerte, ocurrida en 1471, su reinado fuera una continúa guerra civil y extranjera, pues no sólo se levantaron contra él sus propios vasallos, sino el rey de Polonia Matías Corvino, que era próxino deudo suyo.

En tales circunstancias, y al año siguiente de la solemne excomunion de su cuñado, el rey Jorge de Bohemia, emprendió su viaje Leon de Rosmithal; dos relaciones de él han llegado hasta nosotros, ambas escritas por personas que formaban parte de su lucido y numeroso acompañamiento; el autor de la una es un llamado Schaschek, que debia formar parte de la servidumbre propia del Baron de Blatna, y que tal vez sería uno de sus secretarios, como opina el Sr. Gayángos; porque siempre habla con gran respeto y hasta con humildad de Rosmithal, á quien llama constantemente «el señor.» El original de esta relacion se ha perdido, pero se conserva su traduccion latina hecha por el canónigo de Olmutz Estanislao Paulowiski, é impresa en 1577. La otra relacion, escrita en alto aleman medio, es obra de Gabriel Tetzal, patricio de Nuremberg, que tambien acompañó á Rosmithal en su viaje, y ambas se publicaron el año 1844 en el tomo VII de la coleccion de *Literatura nacional* que dirige la Sociedad literaria de Stutgart.

La relacion de Schaschek se escribió probablemente por mandado del principal personaje de esta peregrinacion en forma de *Diario*, como lo prueban los nombres de los lugares que cita, la expresion de sus distancias respectivas y las cartas ó diplomas de los soberanos que en ella se copian. La de Tetzal parece el relato hecho por un anciano padre de familia á sus hijos y á sus criados, de lo que en años pasados ha visto en países remotos, y de lo que en ellos le ha acontecido, haciendo ménos caso de los nombres que de las cosas; así que apenas menciona la cuarta parte de los de lugares que refiere Schaschek, y los que cita están tan desfigurados, que no se acierta con ellos en ningun mapa, mientras que los errores de este género que comete Schaschek son de ménos importancia y pueden atribuirse á la traduccionlatina. Como apéndice á la version que de ésta hemos hecho al castellano, pondremos los principales fragmentos de la relacion que Tetzal hace de las cosas que vió en Castilla, Aragon y Cataluña.

IV.

Salió de Praga Rosmithal el 26 de Noviembre de 1465 con un acompañamiento de cuarenta personas y cincuenta y dos caballos, provisto de una recomendacion de la Reina, su hermana, para el emperador Federico III, y pasando por Toeplitz, Baireuth y Gräfenberg, llegó á Nuremberg, don-

de visitó las reliquias de los santos que allí se conservaban; luégo fué á Heidelberg y de aquí á Francfort, donde pasó la Pascua de Navidad; de allí siguió á Mayensa, cuyo Arzobispo no se dignó recibirle.

En Colonia estuvieron Rosmithal y los suyos durante la fiesta de los Reyes; fueron muy bien acogidos por el elector Rupers, protegido de Cárlos el Temerario, asistiendo á las fiestas y danzas que el Arzobispo dispuso en honor suyo. Aix la Chapelle les llamó mucho la atencion por sus numerosas reliquias, y Neuss por la hermosura de las canonesas, de las cuales dice Tetzels que eran muy elegantes y que bailaban muy bien, teniendo en el claustro cada una su escudero ó paje.

En el ducado de Güeldres, cuyo soberano era de escasa estatura y estaba en guerra con Felipe de Borgoña, vieron magníficos caballos; y atravesando, no sin dificultades por causa de la guerra, Boisle-Duc, Turnhout, Sierre y Malinas, llegaron los viajeros á Brusélas, donde presenciaron las fiestas que se hacian en honor del Conde de Carolais, que acababa de sojuzgar á los de Lieja. Pasando por Tremoud y por Gante, cuya grandeza les admiró, se detuvieron en Bruxas para pasar el Carnaval bajo la proteccion del bastardo de Borgoña; de aquí, por Dunquerque y Gravelinas, llegaron á Calais, único punto de Francia, ocupado todavía por los ingleses, y desde este puerto pasaron á Inglaterra. La travesía fué incómoda, y lo primero que visitaron, despues de su llegada, fué la ciudad de

Cantorbery, asiento del primado de aquel reino; contemplando los monumentos que recuerdan el martirio de Santo Tomás, de que dan larga noticia ambas relaciones. En Lóndres estuvieron los viajeros dos semanas, siendo muy bien recibidos por el rey Eduardo IV, asistiendo á las ceremonias de la primera salida despues del parto de la reina Isabel Woodville, segunda mujer del Rey; y habiendo sido condecorado por éste con su orden de caballería, partió Rosmithal con los suyos para Windsor, residencia de los caballeros de San Jorge, y por Reading y Andower llegaron á Salisbury, donde admiraron las bellezas de la abadía, asistiendo con Jorge, duque de Clarence, hermano del Rey, á una magnífica procesion del domingo de la Pascua de Resurreccion, que llamamos Florida.

Embarcados en Pool despues de várias aventuras y de correr una tempestad, arribaron los viajeros á Nantes, capital del último duque de Bretaña Francisco I. En los alrededores de Saumur fueron muy agasajados por Renato de Anjou, que se titulaba rey de Sicilia, y lo que allí más admiraron fué su coleccion de fieras. En Orleans visitaron á la Duquesa, madre de Luis XI, y en un lugar, á tres jornadas de *Tours*, que Tetzal llama Kaudis y Schaschek, *Madinuum*, vieron á Luis XI y su familia, quien los recibió muy bien y los invitó á que fueran con él á París y á que pasáran allí un año entero. No acertamos á determinar el pueblo ó sitio que se designa con estos dos nombres tan diferentes: no parece que pueda ser Plessis-le-Tour, habitual resi-

dencia de Luis Onceno, pues dista muy poco de Tours, y nos inclinamos á creer que donde vió Rosmithal á aquel monarca debió ser en Amboise, que se habia incorporado poco ántes á la corona y donde hizo largas residencias aquel Rey atraído por el placer de la caza en que abundaban los vecinos bosques y por este motivo continuó los edificios que habia empezado allí Cárlos VII.

En Tours admiraron el sepulcro de San Martin, pero no quiso verlos Magdalena, hermana del rey Luis XI, prometida del rey Ladislao el Póstumo, la cual casó luégo con el hijo del Conde de Fox, de quien tuvo á Francisco Febo y á Catalina, que ambos reinaron sucesivamente en Navarra. Siguiendo el Consejo de Luis XI fueron á Chatelleraud, donde llegaron el 6 de Junio, viendo allí á Cárlos de Anjou, hermano del titulado Rey de Sicilia, y siguiendo el camino de Poitiers, por Melle, Pous y Mirambeau, llegaron á Blaye, en la desembocadura del Garona. Sobre esta villa, dice Schaschek : « En otro tiempo poseyeron esta ciudad los ingleses cerca de ciento cincuenta años, pero fué recobrada por cierta mujer fatídica que reconquistó de los ingleses casi toda la Francia. Esta mujer, hija de un pastor, fué dotada por Dios de grandes virtudes para alcanzar este fin ; pero cogida por el Rey de Inglaterra, fué paseada ignominiosamente por Lóndres y quemada luégo, arrojando sus cenizas al mar. » Tal era entónces la historia de Juana de Arco, apénas desfigurada por la leyenda, que no sin razon la elevó á la categoría de heroína y de santa.

Los viajeros, pasando por Burdeos y Bayona, entraron en España, y lo relativo á su peregrinacion por ella es lo que hemos traducido y publicamos.

Saliendo de España, despues del Rosellon los viajeros visitaron á Narbona, Montpellier, Nimes, Carpantras, Tellard, Ambrum, y en las fronteras del Delfinado, Brianzon y Lausana, entrando en el Piamonte por Susa, y pasando por Rivoli llegaron á Turin. En Vercellas encontraron á Guillermo, duque de Montforrato, y atravesaron sus estados para llegar á Novara, pasando desde allí á Milan. El duque Galeazo María, hijo de Francisco Sforza, su madre Blanca y su hermano Felipe María, recibieron con mucha honra y amor á Rosmithal y á los suyos, que estuvieron allí ocho dias visitando la catedral y demas monumentos. De Milan fueron á Venecia, pasando por Brescia, Verona, Vicencia, Padua y Treviño.

Leon Rosmithal visitó en Venecia al dux Cristóbal Moro, quien le hizo todas las honras debidas á su clase. Esta ciudad llamó la atencion de los viajeros, que mencionan con particularidad los templos y las riquezas que contienen, el arsenal y el palacio de un mercader, que les llenó de admiracion por su magnificencia, describiéndose tambien por el viajero bohemio ciertas costumbres y ceremonias políticas que apénas menciona el narrador de Nuremberg, quien hace notar que no dieron resultado las gestiones practicadas allí para procurarse dineros, que ya iban faltando á los caminantes; y á los ocho dias de estar en Venecia salieron para Alemania.

Atravesaron Rosmithal y los suyos el Frioul, la Carintia, que entónces pertenecia al obispo de Bamberg, deteniéndose en Gratz, capital del ducado de Stiria, donde estaba Federico III con varios príncipes; celebrándose la vuelta de Rosmithal con unas justas y armando algunos caballeros. Nota Tetzal, el patricio de Nuremberg, que el Emperador les dió vino y vituallas, pero no dineros.

De Gratz fueron á Neustadt, residencia de la Emperatriz, á quien entregó Rosmithal las cartas de su hermano el Rey de Portugal, refiriéndole lo que habia visto en aquel país, mostrándole los negros y el mono que de allí traia. Un judío usurero les dió lo necesario para proseguir el viaje, que hubieran continuado hasta Tierra Santa, si no les hubiera negado su permiso para atravesar la Hungría el rey Matías Corvino, sucesor de Ladislao el Póstumo: esto les decidió á volver á Bohemia, no sin correr algunos peligros, entrando con gran pompa en la ciudad de Praga, despues de quince meses de viaje y de haber visitado las principales naciones de Europa.

V.

Segun las fechas de los diplomas ó cartas del rey de Portugal y de su hermano, así como de la de Enrique IV, Rosmithal llegó á España entrado ya el año de 1466; la época es por tanto de sumo interes para los aficionados á nuestra historia nacional; porque el año anterior habia sido depuesto, como



se ha dicho, en Avila el rey de Castilla por los grandes, que alzaron en su lugar por monarca á su hermano Don Alfonso, hallándose, por consiguiente, el reino trabajado por una verdadera guerra civil; pero ántes de penetrar el viajero en territorios de la Corona de Castilla, como entró en la península atravesando el Bidasoa, lo primero que vió fueron las provincias Vascongadas y algo de los dominios del reino de Navarra, que detentaba entónces el famoso Don Juan II, el cual, como todos sus hermanos, tomó tanta parte en los disturbios de que fué teatro Castilla durante los azarosos reinados de D. Juan II y de D. Enrique IV, de lo que ya hemos hablado al dar noticia del viaje de Jorge de Heinghen, que tuvo lugar nueve años ántes que el del baron boemio, y cuando estaban en su punto más crítico los disturbios del reino de Navarra.

Cuando Rosmithal entró en España habia muerto hacía pocos años el ilustre y desgraciado príncipe de Viana, quizá, como sospechan muchos historiadores, por las malas artes de la ambiciosa Doña Juana Enríquez, segunda mujer de Don Juan de Aragon y de Navarra, y madre de Don Fernando el Católico, como queda dicho. Don Juan retenia el reino de Navarra, aunque de derecho pertenecia ya á su hija D.^a Blanca, primera mujer de Enrique IV de Castilla; pero su otra hija Doña Leonor se habia casado con el Conde de Fox, de cuyo matrimonio habia nacido D. Gaston de Fox, que á su vez contrajo matrimonio con Mad. Magdalena, hermana del famoso Luis XI de Francia,

el cual, segun aseguran los historiadores (1), pactó, como condicion de este matrimonio, que el reino de Navarra habia de recaer en D. Gaston, á cuyo efecto se habia de entregar á los Condes de Fox la desgraciada D.^a Blanca, hermana mayor de Doña Leonor, siendo aquélla, como hemos dicho, la primera mujer que tuvo el rey D. Enrique IV de Castilla, de quien se separó declarándose nulo el matrimonio por impotencia relativa de ambos cónyuges (2).

El rey D. Juan de Aragon, para granjearse el apoyo de Francia en sus guerras contra navarros, catalanes y castellanos, no tuvo inconveniente en acceder á tal condicion, porque este monarca, despues de su segundo matrimonio con D.^a Juana Enriquez, parecia, más bien que padre, enemigo de los hijos que habia tenido en el primero; así es que no sólo no se opuso á tan inmoral pacto, sino que lo cumplió con una crueldad repugnante, dando encargo á mosen Pierres de Peralta de llevar por fuerza á la desdichada D.^a Blanca á Bearne; y, en efecto, á principios de Mayo de 1462, Mosen Pierres entregó la Reina de orden de su padre al

(1) ZURITA y ALESON, *Anales de Navarra*, parte segunda, libro IX, cap. IV, pág. 630.

(2) Coleccion diplomática de la Crónica latina de Enrique IV, escrita por Alfonso de Palencia, documento núm. 35, que es la sentencia de divorcio entre el Príncipe de Asturias y la princesa D.^a Blanca, su mujer, pronunciada por D. Luis de Acuña, administrador apostólico de Segovia, en Alcazuren, el 11 de Mayo de 1453. Existe en el archivo histórico nacional.

Capta del Buch, quien la llevó al castillo de Ortéz, en Bearne, donde estuvo encerrada hasta que murió el 2 de Diciembre de 1464, de veneno que le dió una dama de la Condesa de Fox, su hermana, segun refieren autores fidedignos, entre ellos Zurita y Nebrixa, de donde lo tomó Aleson, continuador en los anales de Navarra (1).

El Conde de Fox, encargado por su suegro del gobierno de Navarra, quiso dar principio á su mando con un hecho importante, y aprovechándose de las discordias que dividian á Castilla, se apoderó por sorpresa y á traicion de la ciudad de Calahorra en el año de 1465, enviando en seguida embajadores á D. Enrique y á D. Alfonso, que se disputaban la corona de Castilla, para proponerles la devolucion de Calahorra á cambio de las villas del reino de Navarra, que habian quedado en poder de Castilla de resultas de la pasada guerra. El rey D. Enrique acogió con su natural debilidad á

(1) Nebrixa dice sobre esto lo siguiente en el cap. 1 del lib. 1 de su *Guerra de Navarra*: «Quid si ex causa aliqua nobis occulta voluit Deus Navarriam materno rem gerentem avo, á Joanne in Corolum, hoc est á Galliis ad hispanos reducere? Et quæ alia potuit justior esse causa, quam quod regnum injuste acquisitum juste amiteretur? Nam quis ignorat, Blancam juniorem Joannis Navarriæ ac deinceps tarraconensium Regis ex Blanca uxore filia Coroli procreatam, quæ fuit Enriquo hujus nominis Hispanorum regem quarto nupta, ac deinde repudiata, *veneno interceptam à Leonora sorore*, ejusque marito Foxensi comite, ut ad ipsos regni successio perveniret? Id quod in illos male vertit. Nam intra dies quindecim poste quam sibi regium nomen adoptavit miserabileter et digne periit.»

los enviados del de Fox, y para tratar del canje mandó á su capellan y cronista Enriquez del Castillo á Calahorra; refiere menudamente éste en el capítulo LXXXIII de su Crónica todo lo que aconteció entónces, que vino á parar en gran ignominia del Conde de Fox, quien, rechazado de Alfaro, que intentó tomar por fuerza de armas, y sublevándose á poco contra él los de Calahorra, que degollaron la guarnicion francesa, tuvo que retirarse á Bearne.

La lucha entre agramonteses y beamonteses estaba por este tiempo en su mayor auge; los primeros capitaneados por Mosen Pierres de Peralta, fueron secuaces siempre de D. Juan II de Navarra, pero los beamonteses habian sido fieles al príncipe de Viana, y muerto éste, miraron con recelo á D. Juan y á sus partidarios. Tal era en resúmen la situacion del reino de Navarra, cuándo entraron en nuestra península Rosmithal y sus compañeros, los cuales, sin embargo, se ocuparon más del aspecto del país y de sus costumbres que del estado político en que se encontraba; y es de notar que ni siquiera trataron de ver, como era su costumbre, á las autoridades superiores de aquellas tierras, siendo éste quizá el único caso, en que no se encuentran en la relacion del viaje diplomas ó cartas de las personas que ejercian el supremo gobierno del país visitado por el ilustre viajero.

Las observaciones que respecto á la agricultura, á la industria y á los usos del país vascongado hacen los compañeros de Rosmithal, coinciden de un modo notable con las que años despues hizo el

perspicaz Navajero, embajador de Venecia, como harémos ver más especialmente cuando tratemos de su viaje; limitándonos ahora á llamar la atencion de los lectores sobre lo que ambos dicen acerca el extraño modo de arreglar sus cabellos que tenian las mujeres de esta region; costumbre que debe haber desaparecido hace tiempo, pues que no tienen ni áun noticia de ella las personas más instruidas de aquel país, á quienes hemos preguntado sobre este punto, movidos por el deseo de averiguar en qué consistia ese adorno, que parecia sin duda muy extravagante á nuestras lectoras del dia, pues no puede ni áun formarse idea del resultado que habia de tener para la hermosura la costumbre de cortarse el pelo, dejando sembrada la cabeza de delgadas mechass de cabellos largos.

VI.

Entrando los viajeros en Castilla por la parte de Valmaseda, la primera ciudad importante que visitaron fué Búrgos, y cuanto de esta ciudad refieren los autores de las relaciones de este viaje es muy interesante, y hemos procurado aclararlo con las notas que hemos puesto á esta parte del texto. En la capital de Castilla la Vieja fué donde por primera vez presenciaron los viajeros una fiesta de toros, que no debia parecerse mucho á las que todavía se usan en las principales ciudades de España, constituyendo un rasgo especial y caracterís-

tico de nuestras costumbres; pero sin duda eran iguales á las que áun se ven con harta frecuencia en los pueblos de corto vecindario, donde todos los alborozos públicos se celebran corriendo uno ó varios toros por calles y plazas, y tomando parte en la diversion los mozos del lugar, y no personas que hacen oficio de esta peligrosa lucha.

Las dos cosas más dignas de llamar la atencion entre todas las que los compañeros de Rosmithal cuentan de Búrgos, son la historia del famosísimo Cristo que áun se venera en la catedral de esta ciudad, y lo que refieren de su entrevista con uno de los hijos del ilustre D. Pablo de Santa María, judío converso, que llegó á ser obispo de Búrgos, en cuya silla le sucedió su hijo D. Alfonso, siendo ambos prelados famosos por su virtud y por su ciencia, y habiendo contribuido en gran manera al renacimiento de los estudios y de la cultura intelectual en Castilla.

Como en otros muchos pasajes, se nota bastante confusion en lo que el compañero de Rosmithal cuenta respecto de ambas cosas; para esclarecer lo relativo al Cristo de Búrgos, hemos puesto por nota lo que acerca de este asunto dice el P. Maestro Florez en el tomo xxvii de su *España Sagrada*, y el lector resolverá, en vista de estas dos versiones, lo que puede haber de cierto en esa piadosa leyenda, limitándonos á hacer notar que el viajero dice que, si bien el famoso Cristo habia hecho ántes muchos milagros, de siglos atras habia dejado de hacerlos.

Tampoco reina, en lo que dicen los viajeros respecto á la familia de los Santa María ó Cartageña, mayor claridad y exactitud que en lo tocante á la historia del Cristo de Búrgos, pues el narrador confunde al padre con uno de los hijos. En la nota que hemos puesto á este pasaje queda esclarecido este punto, por tantos respectos interesante para nuestra historia literaria, política y religiosa; y, en resúmen, la verdad de lo que refiere el secretario de Rosmithal, es que D. Pablo, de raza hebrea y de religion mosaica, se convirtió al cristianismo, segun algunos autores, de resultas de las predicaciones de San Vicente Ferrer (1), y segun otros, por el profundo conocimiento que tenía del Viejo Testamento y de la ciencia rabínica, la cual no bastaba á justificar la pertinacia de sus antiguos cor-religionarios en oscurecer las profecías que tan claramente anunciaban la venida del Mesías, en el tiempo y circunstancias en que aconteció. A esta opinion sirve sin duda de fundamento la obra que escribió D. Pablo con el título de *Scrutinium scripturarum*, que es la más famosa de las suyas.

Su conversion tuvo lugar siendo ya de edad de más de cuarenta años; le administró el bautismo D. García Alfonso de Covarrubias, arcediano de Treviño y dignidad de Tesorero de la iglesia de Búrgos; era ya casado y tenía cuatro hijos, que recibieron á par de él el bautismo, aunque la madre

(1) GIL GONZALEZ DÁVILA, *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca*. Salamanca, 1606, pág. 376.

de éstos, mujer de D. Pablo, persistió todavía largo tiempo en sus errores, cediendo al fin á los ruegos y exhortaciones de su marido, cuando era ya éste uno de los más famosos prelados de su época. Despues de su conversion perseveró D. Pablo en sus estudios y se graduó de doctor en Teología en la Universidad de París; en la córte de Benedicto XIII fué predicador apostólico, y en Castilla obispo de Cartagena y de Búrgos, Canciller del rey D. Juan, testamentario de Enrique III, patriarca de Aquileya y gobernador del reino durante la ausencia de D. Fernando de Antequera, elegido rey de Aragon. Convirtió á la fe de Cristo más de cuarenta mil familias de judíos (1) y escribió ademas del *Scrutinium scripturarum*, las obras siguientes: una de *Cœna Domini*, otra de la *Generacion de Jesucristo*, y las *Adiciones á Nicolás de Lira*, cuyas obras se conservaban originales en la librería de San Pablo de Búrgos, empezado á construir por él, segun dice Diego Rodriguez de Almella, familiar de su hijo D. Alfonso, en el cap. ix del libro VIII de su *Valerio de las historias*.

Los cuatro hijos de este insigne prelado fueron Gonzalo, obispo de Plasencia y de Sigüenza, que nació en 1379 y murió en 1448; D. Alfonso, que nació en 1384 y murió en 1456, el cual sucedió á su padre en el obispado de Búrgos, siendo áun más ilustre que él en las letras, pues segun el mismo Ro-

(1) GIL GONZALEZ, *Teatro Eclesiático*, tomo III, páginas 76 y siguientes.

driguez de Almella, escribió el *Defensorium fidei*, el *Doctrinal de caballeros*, el *Duodenario*, un libro sobre las *Éticas*, otro *confutatorio*, otro *racional*, dos tratados sobre *precedencia en la capilla del Pontífice contra Inglaterra*; otro para probar que las conquistas de Canarias, Tánger, Fez y Marruecos pertenecian á Castilla; una *Apología* sobre el salmo *Judica me Deus*; un libro de la *Genealogía de los Reyes de España*, hasta Enrique IV, y tradujo ademas del latin *Doce libros de Séneca*, glosando los lugares oscuros.

Su gran ciencia fué causa de que se le eligiera para embajador del rey de Castilla en el Concilio de Basilea, y era ya tal su fama, que al anunciarse su llegada á Roma, dijo el Pontífice Eugenio IV: *Si viene á nuestra córte, con gran vergüenza nos sentarémus en la silla de San Pedro*. En este viaje, así como en los que hizo por Alemania en calidad de embajador del emperador Alberto, hubo de acompañarle su hermano D. Pedro, que sobrevivió á los demas, y que, como puede verse en nuestro texto, acogió con gran benevolencia á Rosmithal á su paso por Búrgos, en cuya ocasion le dijo que él habia estado en Bohemia, donde habia recibido la órden militar de Caballería en el sitio de la ciudad de Tabora, que fué tomada á los husitas por los años de 1438. Gil Gonzalez Dávila dice en la Vida de D. Alfonso, que en la jornada que éste hizo á Alemania, pasando por Bohemia, se vió en gran peligro, por estar el país inficionado de herejes, y salió libre, porque el Emperador le dió mil caballos que le pusieron en salvo.

Segun resulta del epitafio que hemos copiado en la nota referente á la familia de los Cartagenas, D. Pedro, que sobrevivió á todos sus hermanos, y que tenía ya cerca de ochenta, en el de 1466, cuando Rosmithal y sus compañeros estuvieron en Búrgos, vivió hasta el 10 de Mayo de 1478, llegando á contar más de noventa años; fué del Consejo del Rey de Castilla, y regidor de la ciudad de Búrgos, y en la capilla de Santiago de la catedral se ve en un libro manuscrito, que pertenece á una cofradía fundada bajo la advocacion del Apóstol, y á la que sólo pertenecia gente principal, el retrato á caballo y con armas de este personaje, interlocutor de los viajeros (1).

Rosmithal y sus compañeros fueron de Búrgos á Lerma y de allí á Roa, y en esta villa, donde estaba como desterrado el famoso Duque de Alburquerque, por exigencia de los magnates que seguian al infante D. Alfonso, no se les permitió entrar, por estar trabajada aquella region por la guerra. En efecto, y como ya hemos indicado, en aquel año la anarquía más terrible y sangrienta reinaba en Castilla; el anterior la mayor parte de los magnates se habian alzado contra Enrique IV, cuya impotencia intelectual corria parejas con la física, y de cuyos repugnantes vicios dan noticias todos los escritores del tiempo, salvo su cronista Enriquez del Castillo, que por los cargos que desempeñaba en su córte no ofrece ninguna garantía de imparcia-

(1) El Sr. Gayángos da esta noticia en su artículo ya citado.

lidad, si bien con frecuencia señala las debilidades y errores del Rey; y aunque tampoco nos merezca fe Palencia en sus *Décadas*, ni el otro cronista castellano que corre con su nombre, claramente nos revelan los vicios de Enrique IV, y el estado á que habia venido á parar el reino, las coplas del provincial y de Mingo Revulgo. Notable es por más de un concepto el retrato moral y físico de Enrique IV, que hace Palencia en sus *Décadas*, no sólo distinto, sino contrario al que traza en su crónica Enriquez del Castillo; habiéndose impreso esta obra en la coleccion de crónicas que en el pasado siglo dió á luz el editor é impresor D. Antonio Sancha, es conocido del público este retrato, no así el de Palencia, cuya obra espera todavía los honores de la imprenta, que por tantos títulos merece; y por ser curiosísimo y al par breve, me permitiré trasladarlo á este lugar, pudiendo el lector comparar las palabras del cronista con la imágen que acompaña á la relacion del viaje de Jorge de Ehingen, de la que se publica en esta edicion una copia. Para acreditar la opinion comun acerca de la impotencia del Rey, dice Palencia que en todos su actos manifestaba D. Enrique que no sentia el amor conyugal. «Esto lo mostraba en la angustia que sentia cuando estaba con su mujer, apartándose de ella de repente; en sus discursos entrecortados, en su frente anublada y en su afán de buscar lugares escondidos y sendas solitarias. Era el Rey muy descuidado en su persona, y andaba siempre con vestidos lúgubres, sin collar ni adorno

alguno militar ni regio, y con calzas comunes y borceguíes ordinarios, viendo todos su manifiesto tedio. Era enemigo de cabalgar con pompa régia, y preferia la manera que en esto usaban los moros, llamada á la jineta, propia para las algaradas y escaramuzas, al uso nuestro ó de los italianos, cuyo aparato es más venerable en la paz y más fuerte y sólido en la guerra; le desagradaba el brillo de las armas, de los arneses y de las sillas y cuantas pompas señalaban lo excelso de su dignidad, y no queria mostrarse ante el concurso de la gente. Amaba la oscuridad de las selvas, y no reposaba sino en la frondosidad de los bosques, para lo cual mandó labrar en inaccesibles montes cercas y edificios propios para morar y recrearse, encerrando en ella multitud de fieras y alimañas; puso en estas heredades hombres incultos para cuidarlas, para alimentar á las fieras y para ahuyentar á las gentes, miéntras él se encerraba en aquellos lugares con algunos facinerosos, los cuales andaban armados por las encrucijadas de los caminos, persiguiendo á caballo á los que procuraban allegarse al Rey para negociar ó para honrarle: era muy inclinado á estos y otros hombres torpes y oscuros, y no admitia con gusto á ninguno que fuese ilustre por su nobleza ó dotado de saber. Estas aficiones salvajes mostraba la misma figura de Enrique: sus ojos eran torvos y su mismo color indicaba la fiereza; nunca estaban parados, y su volubilidad extrema revelaba la sospecha ó la amenaza. La nariz era deforme y ancha y quebrada por medio de resultas de una

caida que dió cuando niño, de suerte que parecia la de un mono: tenía los labios muy delgados y no daban gracia alguna á la boca, y la anchura de sus mejillas afeaba toda su cara. La barba levantada hacia cóncavas las líneas de la frente, como si se hubiera quitado algo de la mitad superior del rostro; sus demas partes parecian de un hombre bien hecho, pero las sienes bastante hermosas, las traia siempre cubiertas de pieles ó con algun capuz ó birrete; su color era blanco y sonrosado; el cuerpo membrudo y sus piernas bien proporcionadas, las afeaba, como ya he dicho, con vestiduras toscas y más toscas calzas. La mano, que es uso en Castilla se bese á los príncipes, no la daba á nadie, lo que algunos atribuian á humildad, pero en verdad aquella simulada humildad ocultaba su sordidez, como lo demostraron sus acciones; el olor que exhalaba era insoportable, y él se deleitaba con el hedor de las cosas corrompidas, del estiércol, de las raeduras de los cascos de los caballos, y con el de cosas semejantes y áun peores. Sus innumerables pasiones seguian esta norma, y puede juzgarse de los otros por este sentido del olfato.» Es de notar que conviniendo en general este retrato con el de Diego Enriquez y con la miniatura de que publicamos copia, en cuanto á los rasgos que al cuerpo se refieren; resultan contrarias, como hemos dicho, ambas imágenes en el conjunto, pues dice el capellan cronista del Rey, «que era éste persona de larga estatura y espeso en el cuerpo y de fuertes miembros; tenía las manos grandes y los dedos lar-

gos y recios; el aspecto feroz, casi á semejanza de leon, cuyo acatamiento ponía temor á los que miraba; las narices romas é muy llanas; no que así naciese, mas porque en su niñez recibió lesion en ellas; los ojos garzos é algo esparcidos; encarnizados los párpados; donde ponía la vista mucho le duraba el mirar; la cabeza grande y redonda, la frente ancha, las cejas altas, las sienes reunidas, las quijadas luengas y tendidas á la parte de ayuso; los dientes espesos y traspellados; los cabellos rubios; la barba luenga y pocas veces afeitada; la tez de la cara entre rojo y moreno; las carnes muy blancas, las piernas muy luengas é bien entalladas; sus piés delicados. Era de singular ingenio y de grande apariencia, pero bien razonado, honesto y mesurado en su habla, placentero con aquellos á quienes se daba: holgábase mucho con sus servidores y criados: avia placer por darles estado y ponerles en honra: jamas deshizo á ninguno que pusiese en prosperidad: compañía de muy pocos le placía: *toda conversacion de gentes le daba pena: á sus pueblos pocas veces se mostraba: huia de los negocios: despachábalos muy tarde: era muy enemigo de los escándalos: acelerado y amansado muy presto: de quien una vez se fiaba, sin sospecha ninguna le daba mando é favor: el tono de su voz dulce é muy proporcionado: todo canto triste le daba deleite: preciábase de tener cantores, y con ellos cantaba muchas veces: en los divinales officios mucho se deleytaba: estaba siempre retraido: tañia dulcemente el laud: sentia bien la perfeccion de la música: los instru-*

mentos de ella le placian. Era gran cazador de todo linaje de animales y bestias fieras: *su mayor deporte era andar por los montes, en aquéllos hacer edificios, é sitios cercados de diversas maneras de animales é tenía con ellos grandes gastos.*» Felipe de Cominces, en sus *Memorias*, con mucha brevedad confirma lo que leemos en Palencia, pues dice, hablando de Enrique IV: «El Rey de Castilla era feo y mal tallado, y su traje no agradaba á los franceses que llevaban donaire dél.»

Todo el amor y toda la parcialidad de Enriquez del Castillo no bastan para disimular los defectos y los vicios de Enrique IV, cuyo retrato popular está en las coplas de Mingo Revulgo, las cuales confirman lo dicho por ambos cronistas de un modo tan notable que, áun cuando sea con temor de alargar este estudio, las insertaremos aquí en parte, porque nos parece el asunto curioso y sobremanera interesante. Hé aquí las coplas en que se habla de Enrique IV, designándole con el nombre de Candaulo, rey de Libia, que por sus vicios perdió la vida y el reino :

III.

A la he, *Gil Aribato*
sé que en fuerte hora allá echamos
quando á Candaulo cobramos
por pastor de nuestro hato!

Andase tras los zagales
por estos andurriales
todo el dia embebecido,
holgazando sin sentido,
que no mira nuestros males.

IV.

¡ Oja , oja los ganados
y á la burra con los perros ,
quales andan por los cerros
perdidos , descarriados !

Por los santos te prometo
que este dañado baltruento
(que nol medre Dios las cejas)
ha dejado las ovejas
por folgar tras cada seto.

V.

¿ Sabes , sabes ? el modorro
allá donde anda á grillos
búscanle los mozalvillos
que andan con él en el corro ;

Ármanle mil guadramañas
uno pela las pestañas ,
otrol pela los cabellos ,
ansí se pierde tras ellos
metido por las cabañas.

VI.

Uno le quiebra el cayado ,
otro le toma el zurrón ,
otrol quita el zamarrón ,
y él tras ellos desbabado.

¡ Y aún él , torpe majadero ,
que se precia de certero ,
fasta aquella zagaleja ,
la de Navaluciteja (1) ,
le ha traído al retortero !

(1) La dama de doña Juana , con quien tuvo amores Enrique IV , y con quien pasó la escena en el castillo de Madrid , cuando aquélla le golpeó con el chapin.

VII.

La soldada que le damos ,
y aún el pan de los mastines ,
cómeselo con ruines.
¡ Guay de nos que lo pagamos !

Y de cuanto ha llevado
yo no le veo medrado,
otros hatos ni jubones,
sino un cinto con tachones
de que anda rodeado.

VIII.

¡ O mate mala ponzoña
á pastor de tal manera ,
que tiene cuerno con miera
y no les unta la roña !

Ve el lobo entrar
y los ganados balar,
él risadas en oyllo,
ni por eso el caramillo
nunca deja de tocar.

IX.

Apacienta el holgazan
las ovejas por do quieren ,
comen hierbas con que mueren ,
mas cuidado no le dan.

¡ No vi tal desque hombre so !
y aún más te digo yo ,
aunque eres avisado ,
que no atines del ganado
cuyo es ó cuyo no.

X.

Modorrado con el sueño,
no lo cura de almagrar ;